

## **CARLOS PELLEGRINO Y CLAREL NEME**

Miguel Ángel Campodónico

En 2008 –cuatro años después de su fallecimiento- publiqué el libro *Pintar a pesar de todo –Vida y obra de Clarel Neme*, para cuya investigación entrevisté a varios críticos de arte, amigos del pintor, coleccionistas y familiares. También me ocupé de escritores que habían reproducido obras del pintor en las tapas de sus libros. Con Carlos Pellegrino en cambio conversé por otros motivos. En primer lugar por su reconocida virtud para mirar con original agudeza las diferentes expresiones culturales, entre ellas las vinculadas con las artes visuales. Pero, además, y quizás muy especialmente por la entrañable relación que lo unía con la casa en la que había vivido su vecino Clarel Neme

Esa casona (un proyecto del arquitecto Julio Vilamajó) que en Lezica –en ciertos momentos se le denomina Colón, quizás por el límite algo difuso entre los dos barrios– comprara Clarel Neme había pertenecido a la familia de Carlos Pellegrino, en la cual habían terminado viviendo dos tías suyas solteras a las que él visitaba permanentemente al punto que en ella había pasado casi toda la infancia.

Pellegrino vivía a muy corta distancia de modo que, una vez que Clarel Neme ocupó la casa, continuó visitándola con frecuencia lo que le dio la oportunidad de conocer al artista y de charlar con él hasta poco antes de su muerte. Esas charlas más de una vez estallaron sobre distintos temas y le dieron la oportunidad a Pellegrino de evocar los numerosos acontecimientos familiares que había presenciado en ese lugar.

Como lo hacía habitualmente al opinar, Pellegrino tuvo una mirada muy personal, diferente a la de la mayoría lo que lo llevó a alejarse de los habituales comentarios –en alguna medida superficialmente acertados– de quienes se habían ocupado de la personalidad del artista.

Era cierto que Neme disfrutaba las reuniones con amigos, a quienes recibía con comidas abundantes acompañadas con bebidas saboreadas con fruición, pero Pellegrino se ocupó de observar las características de la personalidad de Neme con ojos especiales que la mayoría parecía no tener. Así, por ejemplo, uno de los entrevistados me había dicho que el artista tenía “sociofilia”, sin embargo, Pellegrino no se limitó a observar lo que sucedía en el escenario, se introdujo entre bambalinas para ver lo invisible. Así se las ingenió para desentrañar lo que se alejaba de lo evidente.

Sostuvo que Neme tenía las características propias de los paisanos, en tanto lo recordaba como a una persona que no se acercaba excesivamente a nadie, que se colocaba a cierta distancia al punto que podía ser visto como hosco o retraído. Y agregó: “Yo lo conocí con toda la desconfianza con que estamos cargados como uruguayos. Siempre vemos con un ojo muy severo a cualquier otro uruguayo. Entre nosotros hay una gran diversidad humana en un territorio pequeño y sin embargo cualquiera puede hablarle a cualquiera. Pero a las personas que realmente nos importaría hablarles –grandes escritores, grandes pintores, etc. – uno tiene una dificultad enorme en hacerlo porque todas las palabras comunes están cargadas de una distancia imposible de atravesar. Neme miraba socarronamente, tenía algo de oriental en el sentido de que meditaba antes de hablar. Y era mordaz, cortante incluso”.

Luego se ocupó de ubicar a Neme en una rama del arte muy especial: “Él tenía algo que atravesó como un relámpago el Río de la Plata, es decir la mordacidad con que los surrealistas tratan lo que ocurre a través del sueño o a través de un imaginario feroz. Se ve claramente a través de sus cuadros. En ese sentido me parece que la casa de Colón, que había pertenecido a mi familia, le permitió liberarse de todo lo que había hecho antes. Esa es mi manera de ver las cosas. Señoras opulentas, desenfrenadas en sus instintos, quizás antes que Botero. Sin embargo, a pesar de que fue apreciado por algunos, en general fue visto como un cultor de lo monstruoso, de lo desmesurado. En Neme, hay por otro lado, algo mucho más barroco que lo emparenta con lo mejor del talento y del humor del Río de la Plata y hasta de Cuba, esto lo digo por Lezama

Lima y con la gente más sutil del barroco. Tenía un lirismo de raíz filosófica, además, características que desarrolló en la casa de mi abuelo. Lo que pintó ahí fue más importante que lo anterior, esto es lo que yo siento. Yo creo que Neme forma parte de la pintura trascendente del Uruguay. Tenía una gran capacidad para pintar un paisaje que no era el real pero que al mismo tiempo era profundamente uruguayo. Desenterró otra llanura, despejó la línea del horizonte, otro celeste rabioso que no es el que transmite el cielo, otra pureza de atmósfera, otra ingravidez de figuras que miran no se sabe hacia dónde. Seres descentrados, como si fueran autómatas. Seres animados por una especie de ingravidez. Es en ese sentido que me parece que está emparentado con la pintura surrealista”.

Es sabido que Neme frecuentaba textos considerados habitualmente como esotéricos, esto lo sabían quienes estaban muy cerca de él, sobre todo su hermana Yamile. Para Pellegrino está costumbre no era otra cosa que una consecuencia de su personalidad y de su actividad artística: “Yo creo que tenía una militancia esotérica, no me parece mal. En aquellas personas que no tienen una religiosidad expuesta eso otro es una dimensión necesaria. ¿Cómo una persona que se enfrenta a lo insondable de la imaginación, un físico por ejemplo que estudia la profundidad del cosmos inagotable no va a plantearse algo que va más allá de lo corpóreo? Neme era un hombre próximo pero muy lejano. Cuán distante estaba en definitiva lo marcaba la necesidad de trabajar y de no depender de nadie. No esperaba más que de sí mismo. Por eso creo que él no podía ser un maestro, era más bien un calcinador, quemaba, reducía a cenizas lo que se le acercaba. Alguien así no podía tener discípulos porque su fuego solo alimentaba su pintura. Era como un nódulo donde se encontraban energías que él no podía gobernar. Era un ser oculto, un señor como todos, pero al mismo tiempo distinto a todos. Con él pasaba lo mismo que con Armonía Somers”.

Una inesperada preocupación, que Neme le transmitió a Pellegrino, dio pie nuevamente para incursionar en un tema que muy probablemente para la mayoría no tuviera trascendencia

alguna. Estas fueron las palabras de Pellegrino cuando recordó lo sucedido: “Me hizo una pregunta que me parece necesario rescatar ahora para sacarla de la cosa menor o chismosa. Me preguntó concretamente dónde habían muerto las personas que habían vivido en esa casa de Colón, es decir, la que él había pasado a ocupar. Cuando me hizo aquella pregunta pensé cuál sería la razón que lo llevaba a preguntar semejante cosa, pero no dudé en contestarle ya que evidentemente las preguntas siempre reflejan alguna inquietud y entonces me di cuenta de que todos habían muerto en el mismo lugar, en la misma habitación. Se lo dije. No me contestó nada. Todos murieron en la planta baja, esto puede explicarse por una razón elemental de comodidad, cuando alguien se enferma es preferible que no esté en la planta alta para evitar la escalera y poder atenderlo más fácilmente. A medida que la casa fue deshabitándose por el fallecimiento de sus ocupantes, las personas podían ir a aquella habitación como a una especie de sanctasanctórum fúnebre. Donde hay mucha gente –y allí había muchos hermanos- existe algo así como una ritualidad, no ocurre cualquier cosa en cualquier lugar”.

Es interesante terminar recordando el paralelismo que marcó Pellegrino entre Neme y Onetti, quien en cierto momento de su vida había vivido en Colón aunque nunca se conocieron: “Hay un parentesco entre los dos. También Onetti era ese tipo de persona que estaba como agazapada, que tenía un aire entre burlón y perverso. No empleo esta palabra en sentido vulgar sino en el sentido casi de sádico, Y además los dos eran fanáticos de las mujeres y les gustaba tomar alcohol. Los pintores son matéricos, les gusta ensuciarse con las cosas, es una forma de plasticidad llevada al extremo, una manera de tactilidad. Pero Onetti y Neme tenían algo que podía ser chocante. Cuando uno ve a un hombre muy hermoso, muy viril, un dandy, lo que se quiera, subrayar una condición sobresaliente de su masculinidad es fácil, resulta lógico entenderlo. Sin embargo, los hombres que son fanáticos de las mujeres en general son feos, no resultan físicamente agradables. Esto demuestra lo piadoso del sexo femenino y lo voluminoso de la pasión. La pasión se desborda y se alimenta de inteligencia. Por eso la gente que se dedica a cultivar solamente el sexo se

empobrece y se marchita. No es el sexo lo que atrae, lo que atrae es la inteligencia. Y los dos, Neme y Onetti, eran terriblemente inteligentes. Diría que poderosamente inteligentes. Y vivieron en una época en la cual el Uruguay era batllista, esto también hay que decirlo. No eran tontos ni personas de retaguardia”.